

Trabajo social: ¿indisciplina de las ciencias sociales?

Posicionamiento de un saber-hacer-emancipador

Resumen

El presente artículo procurará avanzar en resituar el lugar de enunciación del Trabajo Social en relación a su origen, naturaleza, intencionalidad y campo de consolidación disciplinar en la contemporaneidad; debates que cobran sentido en relación al reconocimiento de nuevos saberes, nuevas epistemes y nuevas formas de aproximarse a la generación de conocimiento. Esto es, en último término, generar debates en el Trabajo Social que permitan destacar tres elementos configuradores de su cuerpo epistemológico: en primer lugar, el hacer parte de los saberes de acción (Mosquera, 2005) y para la acción, inherentes a su condición como profesión; en segundo lugar, la importancia conferida a la reflexividad crítica (Mosquera, 2005; Vélez, 2003) como posibilidad de intersección entre el saber y la acción; y finalmente, el interés de cambio que respalda su intencionalidad, develando el sentido político y, en consecuencia, emancipador de su existencia.

Palabras clave: Trabajo Social, saberes en acción, pluralismo teórico, intervención, emancipación.

Social Work: social sciences' indiscipline?

From an emancipatory positioning in knowing and doing

Summary

This article will try to advance in resituating the enunciation place of the social work in relation to its origins, nature, intentionality and disciplinary field of consolidation in the contemporaneity; debates that make sense in relation to the recognition of new knowledge, new epistemes and new ways of approaching the generation of knowledge. In the last analysis, this is generating debates in the social work that allow us to highlight three elements that shape its epistemological body associated with: first, to be part of the knowledge of action (Mosquera, 2005) and for action, inherent to its condition as a profession; secondly, the importance given to critical reflexivity (Mosquera, 2005; Vélez, 2003) as a possibility of intersection between knowledge and action; and finally, the interest of change that supports its intentionality, revealing the political sense and consequently emancipating its existence.

Keywords: Social Work, knowledge in action, theoretical pluralism, intervention, emancipation.

Trabajo social: ¿indisciplina de las ciencias sociales? Posicionamiento de un saber-hacer-emancipador

Paula Andrea Vargas López

Presentación

Para introducir el debate sobre la intervención como eje estructurante del Trabajo Social, es preciso aludir a ciertas discusiones epistemológicas que permitan desinstalar una tradición excluyente, encarnada en el denominado estatus científico de corte positivista, para medir la validez o invalidez de un desarrollo profesional y disciplinar determinado. Es decir, el posicionamiento de un dominio de saber (Foucault, 2010), propio de la ciencia moderna, conllevó a darle prelación a determinados campos de conocimiento cimentados en la generación de un tipo de saber que se erigió a través de la fragmentación del abordaje de la realidad, soportado en el método científico como único mecanismo para aproximarse a la explicación de la misma. Así, prevaleció una idea de ciencia determinista, abstracta y compartimentalizada como único discurso válido para imponer una universalidad, generando una clara barrera entre otras formas de acercarse a la realidad.

En la recuperación del proceso de profesionalización del trabajo social, es posible inferir como esta profesión no debe ser leída por fuera de las lógicas de configuración del surgimiento de las ciencias sociales, asociadas precisamente con el desarrollo industrial, el posicionamiento del sistema capitalista,

la secularización en la explicación de la realidad y la consolidación de campos científicos y profesionales, funcionales para explicar los cambios y regular el comportamiento. No obstante, el trabajo social en este marco tuvo referentes teóricos, metodológicos y ético-políticos que pueden dar cuenta de otros nortes de gestación, relacionados con distintos aspectos, entre ellos los siguientes:

- En el marco del dominio masculino de la ciencia, fueron mujeres las que promovieron su creación, con base en un ejercicio de reivindicación de sus derechos, al luchar por mejorar su condición y la de otros y otras como los migrantes, esclavos, mujeres, y niños (Travi, 2007).
- En el posicionamiento de la ciencia nomotética y, en consecuencia, de la fragmentación de campos que conocen y campos que actúan, propuso un ejercicio de relación entre teoría y práctica como ejercicio dialogante-rúbrica de comprensión y rúbrica de acción (Richmond, 1977).
- En la importancia conferida a la objetividad y la prelación del discurso y saber del investigador, concedió interés a la subjetividad y a la interacción entre los sujetos insertos en la acción, a partir del reconocimiento del otro como cocreador.
- Y finalmente, ante las pretensiones de “asepsia” de la ciencia positivista, esta profesión sostuvo la necesidad de promover un compromiso social y político con el cambio de las condiciones de los sujetos insertos en contextos micro, afectados por las expresiones de la cuestión social propia de la época en mención.

En consecuencia, el trabajo social, en ese marco de configuración inicial, más que como disciplina, adquirió un carácter de indisciplina de las ciencias sociales al proponer otros actores, procedimientos e intenciones para insertarse en la comprensión y abordaje de la realidad. Sin embargo, fueron precisamente estas premisas las que llevaron a invisibilizar el lugar de la profesión en la sociedad y las ciencias sociales, haciéndose extensivo durante el periodo de prevalencia del dominio del saber, promulgado por la ciencia positivista. Es así como se genera una suerte de exclusión de saberes, conduciendo al Trabajo Social a un ejercicio permanente de búsqueda del anhelado estatuto epistemológico, configurándose como saber subalterno (Lorente, 2002) que, paradójicamente, en las disertaciones actuales de la ciencias sociales, asociadas a orientaciones de corte críticas y comprensivas, permite situar una *nueva episteme* asociada con un saber-hacer-emancipador, representado en la intervención como eje estructurante de este campo profesional y disciplinar.

Bajo esta premisa, se procurará avanzar en resituar el lugar de enunciación del trabajo social en relación con su origen, naturaleza, intencionalidad y campo de consolidación disciplinar en la contemporaneidad; debates que cobran sentido en relación con el reconocimiento de nuevos saberes, nuevas epistemes y nuevas formas de aproximarse a la generación de conocimiento. Se invoca entonces la “insurrección de los saberes sometidos” planteada por Foucault (1979: 128), en tanto

[...] bloques de saberes históricos que estaban presentes y soterrados en el interior de los conjuntos funcionales y sistemáticos, y que la crítica ha hecho reaparecer evidentemente a través del instrumento de la erudición.

En segundo lugar, por saberes sometidos, pienso que debe entenderse también otra cosa y, en cierto sentido, una cosa diferente: toda una serie de saberes calificados como incompetentes, o, insuficientemente elaborados: saberes ingenuos, inferiores jerárquicamente al nivel del conocimiento o de la cientificidad exigida (Foucault, 1979: 129).

Esto es, reconocer las denominadas epistemologías de fronteras abordadas por autores como Hugo Zemelman, Walter Mignolo, Anibal Quijano, Edgardo Lander, entre otros, asociada con “una manera de aludir a lo que he denominado excedente, lo que no está incluido, que plantea una crisis a la idea de límite de los conceptos” (Zemelman, 2005: 99).

Lo enunciado permite problematizar el poder-saber (Foucault, 2010) que instaló las ciencias sociales, el mismo que hoy se torna insuficiente para responder a las demandas y particularidades del contexto actual, favoreciendo con ello el reconocimiento de otros saberes cuya fortaleza no solo está en la condición misma de sometimiento y subalternidad, sino especialmente en la configuración de otras formas de insertarse a la comprensión, abordaje y transformación de la realidad por fuera, aunque constantemente permeados por los filtros y jerarquías de la instancia teórica unitaria, producida en la ciencia positivista.

Situar estos debates en el Trabajo Social permite destacar tres elementos configuradores de su cuerpo epistemológico asociados con: en primer lugar, el hacer parte de los saberes de acción y para la acción (Mosquera, 2005), inherentes a su condición como profesión; en segundo lugar, la importancia conferida a la reflexividad crítica (Mosquera, 2005; Vélez, 2003) como posibilidad de intersección entre el saber y la acción; y finalmente, el interés de cambio que respalda

su intencionalidad, develando el sentido político de su existencia. Esta triada: acción-reflexión-cambio permite posicionar la intervención como campo de representación y oportunidad, el cual emerge en el entramado relacional de las dimensiones epistemológica, ontológica, contextual, metodológica y ético-política,¹ constitutivas del Trabajo Social como profesión y disciplina de las ciencias sociales y humanas.

En este artículo, si bien se subraya y, si se quiere, se denuncia el carácter excluyente de cierto sector de dominio del saber de las ciencias sociales del siglo xx, se pretende instalar un debate epistémico y, en consecuencia, recuperar una potencialidad invisibilizada en el trabajo social, contenida en la intervención como eje estructurante de la misma. Para lograr dicho cometido, se desarrollarán tres apartados de problematización, deconstrucción y construcción de la matriz constitutiva de la intervención como opción para seguir fraguando una propuesta epistémica basada en categorías que, sin pretensión de dominio o captura de la abundancia (Feyerabend, 2001), se encuentran constituidas en el entramado creativo de saberes, acciones y realidades. El primer debate estará directamente referido al posicionamiento del Trabajo Social como profesión y disciplina de las ciencias sociales y humanas. El segundo, recogerá los avances conceptuales de la intervención como eje estructurante del Trabajo Social, enfatizando en escenarios de acción en relación con grupos, comunidad y organizaciones sociales. Y, finalmente, se recogerán algunos debates asociados con los retos y perspectivas de la profesión y disciplina en la contemporaneidad.

1. Debates epistemológicos necesarios para comprender el lugar de la intervención en trabajo social

Fomentar el debate epistemológico de un campo profesional o disciplinar determinado supone dar lugar a problematizaciones asociadas con: los antecedentes, la naturaleza, las intencionalidades, el objeto y el método (Vásquez, 1998; Restrepo, 2002; Morán, 2003). Transitar sobre sus configuraciones permitirá introducir los debates epistemológicos centrales del Trabajo Social en relación con los componentes ya enunciados y, en consecuencia, reafirmar la pertinencia de la intervención social como eje estructurante de su campo tanto profesional como disciplinar.

1 Así lo han venido enunciando autores como Margarita Rozas pagaza, Susana Cazzaniga, Rosa María Cifuentes, Claudia Mosquera, Alexander Pérez, Diana Marcela Bueno, Nora Muñoz Franco, Paula Vargas López, entre otros-as en América latina.

1.1 Disertaciones y convergencias sobre el surgimiento del Trabajo Social

Uno de los debates epistemológicos centrales está asociado a los antecedentes históricos de la profesión, en relación con los elementos constitutivos de su génesis o profesionalización. Remitirse a este campo devela la existencia de por lo menos tres tesis: la evolucionista, en relación con el paso de las acciones de caridad y filantropía a la profesión (Lima, 1976; Ander-Egg, 1994); la histórico-crítica, centrada en la recuperación de la génesis del Trabajo Social en el marco del posicionamiento del sistema capitalista monopolista (Montaño, 2000); y la académico-pragmatista, basada en la recuperación del proceso de profesionalización del trabajo social en su articulación a espacios académicos, de acción y movilización profesional y política de las fundadoras (Travi, 2006; Miranda, 2010).

En esta dirección, comprender el origen del trabajo social como profesión implica reconocer los condicionantes históricos que dieron pie al surgimiento de las ciencias sociales como campo de conocimiento en el posicionamiento del proyecto de modernidad. En tal sentido, es preciso advertir que “la ciencia social es una empresa del mundo moderno [...] por desarrollar un conocimiento secular sobre la realidad que tenga algún tipo de validación empírica” (Wallerstein, 2003: 4). En consecuencia, surge bajo los lineamientos de la idea de progreso, en tanto pretensión sustantiva del modelo económico capitalista que a finales del siglo XVIII se posicionaba “como modo de producción dominante en los países de Europa que integraron la primera gran ola de industrialización” (Santos, 1998: 89); consolidándose, adicionalmente, los Estados-nación como entes de regulación y control de las múltiples y variadas manifestaciones sociopolíticas y socio-culturales propias del modelo capitalista, en cuyo escenario, las universidades entrarían a convertirse en las responsables de la generación de conocimiento pertinente para respaldar la toma de decisiones.

Era evidente, entonces, que los cambios generados por la Revolución francesa y los provocados por la Revolución Industrial —antecedentes propios del proyecto de modernidad— planteaban la perentoria necesidad de racionalizar y controlar las modificaciones cada vez más aceleradas de la realidad social. Para ello, era preciso un conocimiento secular, sistemático, objetivo y colonial que respaldara estas pretensiones de racionalización, siendo el referente positivo de la ciencia el que permeara los ideales de generalización y universalización de la ciencia social moderna de carácter nomotética, con una clara preeminencia en relación con otras formas “no científicas” utilizadas tradicionalmente para dar cuenta de los cambios de la realidad, como la teología y la filosofía.

Las ciencias sociales se constituyen entonces en una

[...] construcción eurocéntrica, que piensa y organiza a la totalidad del tiempo y el espacio, a toda la humanidad, a partir de su propia experiencia colocando su especificidad histórico-cultural como patrón de referencia superior y universal. Pero esto es más que eso. Este metarrelato de la modernidad es un dispositivo de conocimiento colonial e imperial en que se articula esa totalidad de pueblos, tiempo y espacio como parte de la organización colonial/imperial del mundo” (Lander, 2003: 23).

Bajo esta última consigna, se gesta un proceso de fragmentación del abordaje de la naturaleza; y en esta, del ser humano y lo social, promovándose una suerte de disciplinarización y profesionalización, incentivando “la creación de estructuras institucionales permanentes, diseñadas tanto para producir nuevo conocimiento como para reproducir los productores de conocimiento” (Wallerstein, 2003: 9).

Para responder a estas pretensiones, era preciso favorecer la división del abordaje de la realidad para garantizar la concentración, la especialización y la efectividad en el trabajo intelectual; es así como las disciplinas y las profesiones “nacen al alero del sistema capitalista y son representantes del conocimiento y del poder en la regulación del comportamiento humano. Sus funciones refieren a la capacidad que ellas desempeñan en los procesos de institucionalización, normalización e institucionalización de las relaciones sociales” (Aguayo, 2006: 20), adquiriendo un reconocimiento mayor por su carácter científico y por demás funcional. De esta manera, se posicionan campos disciplinares asociados con la historia, la economía, la sociología, la ciencia política y la antropología, según los planteamientos de Wallerstein (2003). No obstante, esta pretensión de universalización y cuantificación propio de las ciencias sociales nomotéticas también fue cuestionado por otros, denominados “disidentes” de las presunciones de imposición de este campo de dominio, presentando un claro

[...] escepticismo acerca de las virtudes de las ciencias sociales como interpretaciones no tendenciosas del mundo humano [que] fue anterior a su institucionalización y apareció en las obras de intelectuales occidentales prominentes desde Herder y Rousseau hasta Marx y Weber. En muchas formas, las actuales denuncias de esas disciplinas como eurocéntricas/machistas/burguesas en cierta medida son una mera repetición de críticas anteriores, tanto implícitas como explícitas, formuladas por practicantes de la disciplina y por personas ajenas a ella, pero antes esas críticas habían sido, en gran parte, ignoradas (Wallerstein, 2003: 56).

Lo anterior revela la existencia de otros campos de conocimientos y la necesidad de reconocer otros saberes que, contrarios a la lógica nomotética y universalista, otorgan valor a la experiencia, los significados y la intersubjetividad en el caso de la perspectiva comprensiva interpretativa. Para el caso de la perspectiva crítica, se confiere interés a otros saberes, generados desde el potencial movilizador y emancipador de sectores explotados, excluidos e invisibilizados con condiciones de clase, etnia, género y opción sexual. Desde estas otras cosmovisiones, especialmente en el segundo campo, las formas de concebir la realidad, al ser humano, la sociedad, la relación teoría-práctica, y la generación de conocimiento difieren de la mirada omnipresente y absolutista de la ciencia positiva; no obstante, fue esta última la que logró imponerse.

Como se enunció desde un principio, el trabajo social como profesión surge adscrito a este marco referencial de la ciencia positiva, propio del proyecto de modernidad. En ese sentido, cuenta con una importante trayectoria que no debe ser leída por fuera de las lógicas de configuración de las ciencias sociales, pero advirtiendo, en su origen, particularmente, la presencia de otras formas de configuración por fuera de los cánones establecidos por el pensamiento único.

Concretamente, la primera tesis insiste en ubicar el surgimiento del trabajo social en tanto evolución de las acciones de ayuda y beneficencia, es decir, como una etapa de formalización de la asistencia y la caridad propia de la Edad Media. Este tipo de asistencialismo, según Boris Lima, estaría adscrito a lo que denominó etapa pretécnica, que “encuentra su explicación histórica en dos hechos importantes: por un lado, la época de transición, que necesariamente generaba problemas sociales, y por el otro, el predominio ejercido por la Iglesia durante la Edad Media, la cual se encargó de legitimar ciertas formas de asistencia pública” (1976: 54).

En su carácter evolucionista, propio de esta tesis, la Edad Moderna se convierte en otro momento de configuración de la historia de la profesión, con un nivel de tecnificación mayor liderada por el Estado, y la formalización de la asistencia, adscrita a reformas e instituciones con pretensiones de control y disminución de disfuncionalidades desde una asistencia regulada (60). De esta manera, se da paso a la creación de las primeras escuelas de asistencia social, y precisamente “en 1897, durante la Conferencia Nacional de Servicio Social de Estados Unidos, Mary Richmond propuso la creación de una ‘Escuela de filantropía aplicada’” (Ander-Egg, 1994: 144), reconociéndose en ambos casos, como escenario de gestación, el posicionamiento del sistema capitalista en su etapa industrial.

La problematización de esta tesis estaría circunscrita a la necesidad de trascender el enfoque evolucionista de las acciones de caridad y la filantropía, en tanto perspectiva autorreferida, con un fuerte énfasis funcional y paliativo en la configuración del campo profesional; además, pierde de vista los determinantes económicos y políticos como factores condicionantes del surgimiento de la profesión, centrando la mirada en dimensiones historiográficas y biográficas, instalando una visión reduccionista frente al momento de configuración del campo profesional.

La segunda tesis, denominada histórico-crítica, ubica el surgimiento del trabajo social en el posicionamiento del sistema capitalista en su fase monopolista (Netto, 1992), en un momento

[...] vinculado, determinado y formando parte de un orden socioeconómico determinado de un contexto, en fin, de la síntesis de proyectos enfrentados y de la estrategia de la clase hegemónica en esa lucha, en el marco del sistema monopolista. En él entiende la “particularidad” —servicio social— inserta y constitutiva de una “totalidad” más desarrollada que la contiene y la determina” (Montaño, 2000: 28).

En consecuencia, la profesionalización del trabajo social tiene lugar en el momento en el que el capitalismo presenta una serie de cambios en su configuración y lógica económica, incidiendo en la estructura social a nivel nacional y mundial, generándose la transición del capitalismo competitivo al monopolístico, el cual “obedeció a la urgencia de viabilizar un objetivo primario: el aumento de los lucros capitalistas a través del control de los mercados” (Netto, 1992: 8). Se instaura entonces a nivel mundial un sistema económico que se impone y funciona por encima de la sociedad y del Estado, trayendo consigo consecuencias sociopolíticas y socioculturales inherente a las condiciones mismas de acumulación; en ese sentido, “para efectivarse con chance de éxito [...] demanda mecanismos de intervención extraeconómicos. De ahí la refuncionalización y el redimensionamiento de la instancia por excelencia del poder extraeconómico, el Estado” (13).

De esta manera, el Estado, al garantizar condiciones externas para el funcionamiento del capitalismo monopolista, adquirió también la responsabilidad de promover condiciones internas, asumiendo el cumplimiento de funciones sociales y políticas necesarias para la conservación y la vigilancia de la fuerza de trabajo. Es así como “la ampliación de su base de sustentación y legitimación sociopolítica, mediante la generalización y la institucionalización de derechos y garantías civil y sociales, le permite organizar un consenso que asegura su desempeño” (Netto, 1992, 17). Esto es, en último término, responder a las

expresiones propias de la cuestión social derivadas precisamente de las lógicas contradictorias del sistema económico imperante, a través del mecanismo predilecto, las políticas sociales, siendo estas, a su vez, respuesta a las exigencias generadas por la clase obrera, adquiriendo una connotación eminentemente antagónica, capturada especialmente por los intereses del Estado burgués liberal.

Es precisamente bajo este contexto que emerge la pertinencia de las ciencias sociales en la constitución de un “proceso de cientificación de la sociedad liberal, su objetivación y universalización, y por lo tanto, naturalización” (Lander, 2003: 24); y en consecuencia, la necesidad de campos disciplinares y profesionales, entre estos el Trabajo Social, en tanto hacían una significativa contribución al atender las manifestaciones antagónicas de la cuestión social, convirtiéndose en un accionar institucionalizado para atender las expresiones mismas del sistema capitalista. Por consiguiente, la disciplina “se reproduce como un trabajo especializado en la sociedad por ser socialmente necesario: produce servicios que atienden a las necesidades sociales, o sea estos tienen un valor de uso, una utilidad social” (Iamamoto, 2003: 37).

La disciplina adquiere así una dimensión antagónica en su proceso de configuración como campo profesional; de un lado, responde a las lógicas de reproducción del poder, pero por el otro, contribuye “a la defensa y/o realización de los derechos sociales de la ciudadanía, en la gestión de la cosa pública” (37), convirtiéndose los derechos sociales en referente central para comprender el origen de la profesión.

Finalmente, la tercera tesis, vinculada al proceso de profesionalización del trabajo social, enfatiza en el momento de consolidación como profesión, “es decir el momento en el que se reconoce que para su ejercicio es necesario atravesar por un proceso de formación con el fin de adquirir determinados conocimientos y desarrollar ciertas competencias, destrezas y habilidades” (Travi, 2007: 52), momento que, para el caso del Trabajo Social, tiene lugar en un contexto socioeconómico y político caracterizado por significativos cambios en la realidad, trayendo consigo, particularmente en el escenario norteamericano, según los planteamientos de Bibiana Travi (2006), la instalación de la cuestión social y, en consecuencia, múltiples expresiones asociadas con problemas de pobreza, marginalidad y precariedad, afectando considerablemente a grupos poblacionales con altos niveles de vulnerabilidad como niños, migrantes, esclavos, entre otros.

Aduce, además, que ante estas expresiones fue posible la activación de una serie de grupos y movimientos políticos y académicos a los cuales se vincularon

las precursoras de la profesión, convirtiéndose en escenarios de gestación de las intencionalidades del emergente campo profesional; se alude entonces a los movimientos reformista-progresista, sufragista y pacifista, así como a la influencia del movimiento intelectual adscrito a las posibilidades de articulación de pensamiento y acción para enfrentar las particularidades de la cuestión social, referenciada desde las orientaciones del interaccionismo simbólico de George Mead y el pragmatismo de John Dewey, entre otros. De igual forma, se enuncia la articulación a instituciones como la *cos* — Charity Organization Society— y los Hull House como escenarios de materialización de las pretensiones aludidas y, además, con claras pretensiones de superar las lógicas filantrópicas que venían permeando la atención de dichos problemas sociales (Travi, 2006 y 2007; Mirada, 2010).

Esta visión del proceso de profesionalización del trabajo social, si bien coincide en interpelar la concepción evolucionista de las acciones de caridad y filantropía introducidas por la anterior tesis, adicionalmente ratifica que el proceso en mención se gestó en el marco del surgimiento de las ciencias sociales adscritas al proyecto de modernidad, y con una intencionalidad explícita, centrada en dar respuesta a las manifestaciones de la cuestión social. En consecuencia, es preciso subrayar el componente político que introducen, y en este, el reconocimiento que hace al papel de la mujer en dicho contexto, a lo que se suma la identificación de una orientación teórica vinculada a la perspectiva comprensiva en la cual se basa la producción académica inicial, convirtiéndose en contribuciones muy significativas. No obstante, la tímida problematización de los determinantes históricos y el carácter funcional del surgimiento de las profesiones descentran los principales debates referidos a las pretensiones de las profesiones modernas, asociadas a intereses ordenadores de discursos y prácticas de la realidad y lo humano, en relación con las lógicas del sistema capitalista.

En el contexto latinoamericano, las tres tesis siguen teniendo vigencia al recuperar el surgimiento de la profesión, generando una mixtura de versiones con diversas interpretaciones que ameritan avanzar en su concreción para continuar orientando el posicionamiento de la misma. Así, será posible comprender los embates a los que se ve enfrentada en la contemporaneidad, incidiendo tanto en las propuestas formativas, el ejercicio profesional y el posicionamiento como campo profesional y disciplinar.

La primera tesis, particularmente, amerita problematizarse en el marco de ese carácter marginal que se confiere al ejercicio profesional, al tornarse en una suerte de evolución de las acciones de caridad y filantropía, centrando un debate

de corte operativo e instrumental que poco aporta a su configuración como campo profesional y disciplinar. La segunda y la tercera tesis con sus marcadas diferencias teóricas y políticas, permiten acceder a un panorama más claro en relación con el origen de la profesión, de las cuales es posible resaltar, de la tesis histórico-crítica, la necesidad de situar el debate estructural que determina el surgimiento de la ciencias sociales y el Trabajo Social, mientras que de la tercera tesis, es conveniente resaltar el interés de la dimensión académica y política que respalda el posicionamiento de una nueva profesión con pretensión articuladora de la acción-reflexión y el cambio.²

1.2 La naturaleza y el objeto del Trabajo Social en relación con la triada reflexión-acción-cambio

El trabajo social como profesión y disciplina de las ciencias sociales y humanas ha fraguado un interesante y arduo camino de posicionamiento de su configuración epistemológica, metodológica y ético-política, anclado a una relación dialogante entre la teoría y la práctica, asociada con la problematización y comprensión de la realidad; y en esta, a la delimitación de problemas sociales con presencia en la vida cotidiana, los cuales pretende abordar e incidir para mejorar condiciones adversas de grupos poblaciones diversos, propiciando una tarea de reivindicación permanente del ejercicio pleno de los derechos.

Concretamente como profesión (Bachmann y Simonin, 1981, citados en Miranda, 2013), es preciso resaltar el saber-hacer práctico y fundamentado que históricamente ha asumido como referente de su accionar, buscando, desde diferentes perspectivas teóricas, formas diversas de comprender la realidad, los sujetos, la metodología y el cambio. De esta manera, en su trasegar ha tenido incidencia de perspectivas explicativas, histórico-críticas e interpretativas-comprensivas; e incluso, en la pretensión de tener una mirada amplia de los fenómenos y las respuestas, ha fomentado la articulación entre matrices que, si bien en ocasiones han caído en un eclecticismo poco conveniente para la consolidación del mismo, desde el pluralismo teórico y metodológico, en su ejercicio relacionar

2 Considerando las pretensiones del escrito, solo se hará énfasis en la etapa de surgimiento de la profesión, que —sin perder de vista la importancia de los demás momentos, y en particular del origen de la misma en América Latina y Colombia—, se retoma para iniciar el primer ejercicio de desmitificación del surgimiento anclado a las protoformas de la caridad y la filantropía, antecedentes que aumentaban la estigmatización del campo.

entre perspectivas ha permitido complejizar la lectura de la realidad y propiciar renovadas formas de abordaje de los problemas sociales.

De igual forma, como profesión ha logrado definir referentes éticos en relación con los diferentes *ethos epocales* (Fóscolo, 2006), incidiendo con ello en su posicionamiento en las ciencias sociales y la sociedad. En consecuencia, ha contado con referentes o cosmovisiones valorativas o eticidades que le han permitido hacer lecturas de los problemas, los sujetos, y orientar la acción, cobrando sentido, para el contexto latinoamericano, las mediaciones valorativas asociadas a la necesidad de promover el bien común como máxima de su accionar, posicionando eticidades basadas en la justicia, la libertad, la resistencia y la exigibilidad, invocando con ello que “el valor de esta ética se basa en el reconocimiento y respeto de la naturaleza humana y de la naturaleza” (Hinkelammert, 2003, citado en Fóscolo, 2006: 127).

También como profesión, y en consecuencia como práctica social, no puede desconocerse que la disciplina se encuentra “estructurada por una situación macro estructurante, pero al mismo tiempo resultante de la acción de sus agentes profesionales. Dicho en otros términos, la profesión es una actividad socialmente determinada, pero al mismo tiempo una estrategia que produce el agente social” (Aquín, 2008: 61). Esta condición última sitúa el debate por las propuestas curriculares y la conformación de comunidades académicas y gremiales, las cuales, según el nivel de consolidación y maduración académica e investigativa en un país o localidad, posibilitan que la profesión vaya ganando en “autonomía relativa” en relación con las lógicas institucionales y el encuentro con otras profesiones. Esto permite recuperar otro elemento de consolidación como profesión, asociado al reconocimiento público vinculado no solo a la derivación de disposiciones jurídicas que posicionan y respaldan su existencia y pertinencia, sino especialmente al reconocimiento social y político adquirido en los espacios institucionales, sociales y políticos donde tiene lugar el accionar profesional. Este lugar se ha gestado a través de la generación de discursos autorizados para incidir en lo social, gracias a los avances investigativos que sobre determinados campos se han generado y, en simultáneo, también se debe al ser profesional que se ha venido configurando, asociado con

[...] un sujeto activo, productivo y a la vez productor; equivale a afirmar que nuestra práctica profesional concreta es expresión y resultado tanto de las estructuras en que se inscribe como de la acción consciente de sus agentes. Pero, además, la labor de los trabajadores sociales se debate permanentemente entre aquello que les es instituido desde las

estructuras de dominación —Estado, Iglesia o los organismos multinacionales, por una parte—, y la relación con los sujetos junto a los cuales ejerce la intervención, interpretando y mediando para contribuir a la resolución de los problemas que se presentan (Aquín, 2008: 62).

Por su parte el trabajo social como campo disciplinar adquiere sentido gracias a la importancia conferida a la investigación. Esto es, en tanto parte de confrontar la pertinencia de los lugares teórico-conceptuales que se asumen como fundamento para situar dominios de saber, así como la forma de lograrlo referido a las especificidades del método, la vinculación de los sujetos en el proceso investigativo y, en último término, el aporte real a la sociedad, en tanto resignificación, avance, ruptura y transformación.

Desde este marco de problematización, es posible reflexionar sobre la importancia de la investigación en Trabajo Social, en relación a tres campos de oportunidad: el primero se encuentra referido a la comprensión del conocimiento como construcción, conjunto de enunciados, visiones de mundo, red, abstracción, convirtiéndose en aproximaciones básicas que descentran su omnipotencia como única forma de conocimiento (Feyerabend, 1975 y 2001). De esta manera, la investigación se concibe cercana a la noción de entramado y acto creativo, producida por sujetos, desde donde puede aproximarse a la explicación de los acontecimientos que los rodean y determinan; así se convierte en un ejercicio de traducción y medio para dar cuenta del mundo.

El segundo campo de oportunidad está asociado a la forma como se hace o construye el conocimiento, permitiendo reflexionar sobre las diferentes maneras de formalización del mismo. Con este componente se introduce otro ámbito de comprensión del *para qué* de la ciencia, circunscrito al método, es decir, al mecanismo más expedito para lograr la traducción, develándose múltiples rutas para reducir, ampliar o instalar otros discursos de comprensión de la realidad.

Finalmente, el tercer campo de análisis, circunscrito a la idea de desarrollo del conocimiento, es decir, las posibilidades de progreso, revolución y emergencia, remitidas directamente al *para qué* del conocimiento; y además, su permanencia como enunciado de una posible verdad, sin querer decir que sea la única verdad, lleva a reconocer que el conocimiento avanza para el descubrimiento de nuevos objetos y significados, los mismos que deberían construirse para mejorar las condiciones de vida de la humanidad, considerando que nunca se parte de cero, pues siempre se tendrá un referente anterior. Dicho sea de paso, el desarrollo de la ciencia no debe tener solo una intencionalidad científica; su razón de ser también debe suponer pretensiones sociales y políticas.

Las tres claridades aludidas permiten vislumbrar además tres asuntos problematizadores asociados con la generación de conocimiento: el primero, referido al reconocimiento del sujeto como generador de conocimiento. El segundo, enfatiza en la adopción del lenguaje como mecanismo para la representación, el mantenimiento y la trasmisión del conocimiento producido entre los sujetos y las generaciones presentes y futuras, instalando la ciencia como construcción histórica; y el último, el sentido social y político de la investigación, vinculando aquí la relación directa con la intervención profesional en trabajo social, es decir, en tanto la razón de ser de la investigación con anclaje en las pretensiones de cambio y transformación de la realidad. Con lo enunciado, es posible advertir la existencia de un pluralismo teórico y metodológico que, para la configuración epistemológica, ontológica y ético-política del trabajo social como profesión y disciplina, se convierte en escenario de múltiples posibilidades, en tanto introduce la existencia de diferentes formas de allegar e introducir el conocimiento generado con sentido social y político, descentrando el lugar de magnificencia y omnipotencia de la ciencia y de la investigación propia de la empresa del desarrollo científico de la modernidad, en tanto pretensión de captura de la abundancia (Feyerabend, 2001).

El debate del trabajo social como campo disciplinar también recoge la discusión sobre el objeto, que no puede ser comprendido por fuera del sujeto que conoce. Las preguntas por qué estudia y qué pretende cambiar con su accionar introduce un debate que se recoge en la necesidad de reconocer la existencia del *objeto genérico* (Molina y Romero, 2001) adscrito a la discusión epistemológica que le configura en tanto profesión y campo disciplinar, y el *objeto específico o delimitado* (2001) del quehacer profesional, construido a partir de proceso de problematización y comprensión de la realidad social, que cobra sentido en la confluencia de la lectura del contexto, los sujetos y la fundamentación que demarcan los contornos de su entendimiento en una intervención situada (Muñoz y Vargas, 2015-2016).

Esta diferenciación no puede leerse como fragmentación, en tanto el objeto de intervención específico solo puede ser configurado en relación con los debates epistemológicos, contextuales y ético-políticos que se deriven de la problematización del genérico. Esto es, invocar la noción de totalidad e implicancia en su comprensión y construcción, convirtiéndose, en la producción que sobre el objetivo genérico se derive, en referentes obligados para delimitar los contornos que permitan la comprensión, acción y postura profesional, retroalimentando a su vez el posicionamiento del objeto genérico, en un ejercicio permanente de

construcción, deconstrucción y reconstrucción (Vélez, 2003; Kisnerman, 2005). Esta comprensión versátil del objeto en Trabajo Social, permite

[...] identificar diferentes formas de nombrar el objeto genérico de la profesión en la contemporaneidad, asociadas con perspectivas epistemológicas y ético-políticas diferentes. Se encuentra entonces la concepción del objeto como problema social en singular y plural (Travi en Escalada et al, 2001; Mastrangelo, 2002; Carballeda, 2004; Cazzaniga 2007; Alayón en Rozas, 2007; García, 1998; Melano, 2001; Kisnerman, 1998; Cifuentes et al, 2004), necesidades humanas y sociales (Matus, 1999; Aquín, Fóscolo, 2006), campo problemático (Rozas, 2002), manifestaciones o expresiones de la cuestión social (Carballeda, 2007; Rozas, 2002) relaciones sociales e interacciones sociales (Muñoz y Vargas, 2015-2016; 61).

Sin duda, este amplio panorama de formas de denotar el objeto genérico en Trabajo Social remite a un importante acumulado conceptual desde donde es posible demarcar contornos precisos para situar problemas sociales concretos. En consecuencia, existe un significativo corpus conceptual en relación con aquello que se aborda en la práctica profesional tanto en su comprensión y problematización global como en su configuración específica en contextos micro, siendo la investigación el medio posibilitador de este ejercicio de problematización y traducción de demandas, necesidades, problemas y propuestas. Con lo enunciado, es posible advertir que

[...] hablar de objeto de una disciplina es preguntarnos por el equivalente teórico de un campo de problemas reales que demandan resolución. Decir equivalente teórico es afirmar nuevamente que los hechos hablan de acuerdo con las teorías que los están sustentando, que no se accede directamente a lo real sino a través de mediaciones, de espacios de articulación entre teoría y empiria, entre expresiones de lo real y sus significaciones (Aquín, 1996: s.p.)).

2. La intervención social como eje estructurante del Trabajo Social: entramado entre el saber-hacer-emancipador

Son varios los autores que en el contexto latinoamericano (Rozas, Matus, Carballeda, Cazzaniga, Tello) y nacional (Cifuentes, Estrada, Mosquera, Muñoz y Vargas) vienen posicionando la intervención social como discurso autorizado para avanzar en la configuración del corpus conceptual del trabajo social como disciplina de las ciencias sociales. Los debates coinciden en ubicar la intervención como la posibilidad para resignificar el Trabajo Social bajo la triada

relacional del conocer-hacer-transformar, reivindicando con ello la importancia de los saberes en acción y para la acción, la reflexión como posibilidad de develamiento y orientación, y el cambio como opción implícita del ejercicio profesional en correspondencia con el carácter político que le es inmanente. Desde esta perspectiva, resignificar el Trabajo Social es

[...] situarlo en un horizonte de intervención que tenga como fundamento una rigurosa y compleja comprensión social, recapturando la tensión existente en él entre teoría y praxis. De este modo, se busca poner en evidencia que toda intervención es capturada a partir de un lugar teórico, a partir de un modo de ver. Consecuentemente, no hay intervención sin interpretación social. Trabajo Social constituye su especificidad, por tanto, en las mediaciones de un modo particular de ver que tiene como resultado un hacer particular (Matus, 2002: 27).

Desde referentes diversos, especialmente comprensivo-interpretativos y críticos, los autores en mención han enfatizado en la idea de situar los debates epistemológicos, y especialmente ético-políticos, que deben acompañar esta construcción, que si bien no pierden de vista la necesidad de problematizar los referentes que han configurado históricamente esta categoría, no desprecian el potencial epistémico que puede recrearse desde una concepción ampliada en relación con debates epistemológicos, referentes teóricos, lecturas y problematizaciones de contexto, discusiones ontológicas, propuestas metodológicas y orientaciones ético-políticas, dimensiones infaltables en el posicionamiento de cualquier categoría con pretensiones de reconocimiento académico y profesional.

En esta dirección, se quiere dejar sentado que más que una teoría de la intervención, se busca posicionar una categoría adscrita a un pensamiento epistémico, centrado en “el uso de instrumentos conceptuales que no tienen un conocimiento preciso, sino que son herramientas que permiten reconocer diversidades posibles de contenido” (Zemelman, 2005: 71). Esto es, la necesidad de develar conceptos y significados que se configuran en momentos históricos y contextos concretos, y que, en consecuencia, no tienen una sola denominación atribuida, pues esta puede cambiar acorde a “la pertinencia histórica del conocimiento” (78), reconociendo lo profundo de su configuración y las potencialidades que le caracterizan en su resignificación constante. En esa misma dirección, desde la propuesta del paradigma emergente, se busca “descubrir categorías de inteligibilidad globales, conceptos estimulantes que derriben las fronteras en que la ciencia moderna dividió y encerró la realidad” (Santos, 2009: 46), esto es, reconocer conocimientos locales centrados no solo en generar un saber, sino también

con posibilidades de acción, a través de cambios en las propuestas metodológicas, abriendo espacio a otras formas de aproximarse a la realidad, propiciando la traducción, el diálogo entre saberes y sentidos, y el autorreconocimiento desde la recuperación de la experiencia misma.

Desde este lugar de enunciación, la intervención entraría a definirse como una categoría adscrita a un pensamiento epistémico amplio *que va siendo* en la lectura crítica y comprensiva de la historia, la realidad, los sujetos, los problemas sociales, la vida cotidiana, la acción y el cambio. En consecuencia, la intervención social como categoría potencial, con significativa presencia en el devenir histórico y epistemológico del Trabajo Social, sin que ello quiera decir que sea de su propiedad, cuenta con desarrollos conceptuales que, desde diferentes orillas teóricas, convergen en la necesidad de resignificarla superando el lastre operativo y por demás funcional que por momentos la ha caracterizado, posibilitando la

[...] democratización epistemológica de la intervención social, que, parafraseando a Bourdieu (1994), la intervención aparece hoy como una categoría en vía de realización, lo que indicaría no solamente la transformación y el quiebre de las fronteras que están ocurriendo en el terreno tanto de las profesiones relacionales como de otras profesiones y disciplinas del core knowledge, sino también un resquebrajamiento progresivo entre conocimiento científico y saber (Mosquera, 2005: 265).

Precisamente, desde este ejercicio creativo de significación de la intervención, es posible concebirla desde el Trabajo Social como una acción social emancipadora, y en ese sentido, en tanto

[...] una acción social articuladora del pensar y del hacer, desde dimensiones fundamentadas, críticas, reflexivas y transformadoras, implica ampliar las formas de entender y asumir la relación teoría-práctica en la intervención, en tanto se configura en medio de simultaneidad de contradicciones, intereses e intenciones que implican trascender del plano de lo operativo al terreno de la complejidad, en el que la teoría y la realidad sean reconocidas en su interdependencia, en su dialogicidad, para hacer posible la comprensión y la acción” (Muñoz y Vargas, 2015-2016: 57).

De esta manera, no puede concebirse por fuera de la integración de “enfoques teóricos, marcos conceptuales y propuestas metodológicas” ” (Perlman, 1998, citado por Cifuentes y Camelo, 2006: 176) acordes al contexto, los sujetos y los problemas o necesidades, ubicados en microrrealidades insertas en escenarios macro que precisan ser problematizados en un ejercicio correlacional.

En consecuencia, la intervención es “una construcción histórico-social” (Rozas, 2001: 257), pensada “desde los procesos sociales en los que se inserta no puede ser esencialista sino inquirir por la constitución particular de los sujetos” (Matus, 2002: 27), que se hace evidente en la vida cotidiana, comprendida y abordada desde un campo tanto instituido como instituyente.

Es así como ese entramado relacional de la fundamentación, la reflexión, la intención, la crítica y la transformación supone: definir referentes que, invocando el criterio del pluralismo teórico, sin caer en eclecticismos ignorados o intencionados, permitan la lectura y problematización compleja de la realidad, lo social y, en consecuencia, orientar la acción, interpelando la omnipotencia del conocimiento científico para permitir el diálogo con otros saberes. Hacer de la comprensión y problematización de la realidad y los problemas sociales un ejercicio permanente, que además de permitir develar contradicciones históricas y estructurales sitúe saberes que co-construidos con las y los sujetos de la acción, permitan ampliar posibilidades de abordaje y, en simultáneo, reflexionar sobre la acción misma. De igual forma, busca reconocer en la correlación de fuerzas, presentes en los intereses institucionales, poblacionales y del profesional, un escenario de tensión y oportunidad para la confrontación, la exigibilidad, la propuesta y la incidencia.

Esto es, en último término, reconocer las contradicciones mismas que están en el entretjeugo sujeto-necesidad-estructura (Escalada *et al.*, 2001), desde dimensiones históricas, estructurales y situadas. Con este entretjeido de saberes, acciones e intenciones, se busca propiciar procesos emancipatorios, que sin perder de vista los escenarios institucionales donde tiene presencia la acción profesional, ratifique la formación de un sujeto político, el ejercicio pleno de derechos y la construcción de proyectos alternativos de sociedad. En esta dirección, el

Trabajo Social interviene en los obstáculos (materiales y simbólicos) que presentan los sujetos para la producción y reproducción individual y social y que expresa en los “llamados problemas sociales”, la comprensión deberá estar dirigida hacia el “por qué” de la existencia de los mismos, en todo caso se trata de la comprensión de lo social en su proceso histórico y en su configuración contemporánea. La construcción del campo problemático de intervención tenderá a poner en tensión los componentes teóricos con los componentes empíricos en la línea de la construcción de mediaciones conceptuales que permitan comprender, ahora desde recorres específicos, cómo se expresa lo social en los obstáculos particulares y las respuestas posibles para su superación (Valle Cazzaniga, 2004: 44).

En la contemporaneidad, las posibilidades de posicionamiento de la intervención social como eje estructurante del Trabajo Social cobra sentido desde dos matrices (Quezada Benega *et al.*, 2001), modelos (Vélez, 2003), corrientes teóricas (Morán, citado en: Fernández y Alemán, 2009), sistemas teóricos (Cifuentes y Camelo, 2006) o tendencias (Muñoz y Vargas, 2013): la comprensiva y la crítica. Desde la perspectiva comprensiva, centrada en conferirle importancia al sujeto y a la forma como este significa su realidad según la experiencia tal cual es vivida y el encuentro con otros en contextos micro,

[...] se fundamenta en los presupuestos del interaccionismo simbólico de Mead, Blumer y Goffman y en las propuestas fenomenológicas de Husserl y Shutz. En lo que se refiere a nuestra disciplina [...] se caracteriza por encontrar en la interacción social, y en la interpretación que el individuo hace de ella, su objeto de estudio” (Morán, citado en: Fernández y Alemán, 2009: 193).

Esta matriz le permite al profesional en la intervención social asumir una clara postura frente al lugar del sujeto en la significación de su realidad y la situación problema que dificulta el logro de condiciones de vida digna en escenarios concretos. Se prioriza la lectura de narrativas construidas individual y socialmente para descifrar el sentido real del problema y las acciones necesarias para abordarlo, teniendo como escenario la vida cotidiana.

Por su parte, la perspectiva crítica, con aportes más representativos en la concepción de la intervención social como *saber hacer emancipador*, favorece la lectura histórica y contradictoria de la realidad, reconociendo la existencia de determinantes estructurales, que, leídos desde lógicas de problematización —histórica, dialéctica y de totalidad—, permiten comprender críticamente el contexto económico, político y social, posibilitando con ello tensionar la correlación de fuerzas y develar los intereses que están en juego. Define, además, un claro horizonte de sentido, mediado por la noción de cambio y transformación de las condiciones estructurales que afectan la sociedad.

En el Trabajo Social latinoamericano, desde el movimiento de reconceptualización, esta perspectiva viene generando aportes de gran calibre para situar los debates teóricos, metodológicos y ético-políticos de la intervención. En la actualidad, se evidencia la existencia de por lo menos tres tendencias de esta perspectiva, las cuales inciden en la formación, la producción académica y la práctica profesional. Se alude entonces al marxismo —Karl Marx, Federico Engels, Georg Luckács, entre otros—, a la teoría crítica —Theodor Adorno, Herbert

Marcuse, Max Horkheimer, Jürgen Habermas— y al pensamiento crítico latinoamericano —filosofía de la liberación de Enrique Dussel; educación popular con Paulo Freire; la opción decolonial de Aníbal Quijano y Walter Mignolo, entre otros; epistemologías del sur de Boaventura de Sousa Santos; y la Investigación Acción Participación —iap— y socialismo raizal de Orlando Fals Borda. También es posible advertir la presencia de corrientes posestructuralistas en el Trabajo Social, que, basadas en la producción foucaultiana y el feminismo radical de Hélene Cixous (Healy, 2001), advierten la necesidad de ir tras los discursos y las prácticas en una lectura histórica y contextualizada de los mismos y de la forma como el poder se expresa en estos.

Particularmente, del pensamiento crítico latinoamericano se subrayan los aportes de orden teórico, conceptual y especialmente metodológico y ético-político que conllevan a resignificar la profesión y la intervención en relación con: el sentido social y político de la investigación y la acción; la articulación del sujeto en la cocreación de conocimientos y saberes; los procesos de desnaturalización y desmitificación de prácticas instituidas asociadas con el capitalismo, el patriarcado y la colonización; y la necesidad de pensar en la generación de proyectos alternativos de futuro para las sociedades latinoamericanas, adjudicando el sentido de la acción colectiva, la resistencia y la emancipación como posibilidades de develamientos de órdenes instituidos y el posicionamiento de otras cosmovisiones.

Lo anterior supone fomentar la lectura crítica de la realidad en la identificación de determinantes históricos y estructurales presentes en el contexto. El ejercicio de problematización, comprensión y disertación que demanda lecturas globales para el entendimiento de problemas o situaciones locales, permitiendo con ello entrever la correlación de fuerzas presente en todo espacio social, político o institucional donde se instala la acción en relación con objetos de intervención delimitados. Este contexto explicativo permitirá situar el lugar de la implementación de un sistema capitalista financiero y transnacional, gestor de contradicciones múltiples.

Bajo el alero de estas premisas de orden epistemológico y contextual de la intervención, emerge un debate asociado a la noción de sujeto que debe asumirse. En la contemporaneidad, ese sujeto, tanto individual como colectivo, “siempre presentes en la práctica de los trabajadores sociales” (Robertis y Pascal, 2007: 225), cobra sentido a partir de la concepción ampliada de ciudadanía, tornándose en recurso teórico, conceptual y político para instalar la centralidad del sujeto

en la intervención profesional (Yazbek, en Borgianni y Montaña, 2003; Melano, 2001; Aquín, 2003; Valle Cazzaniga, 2007; Fóscolo, 2006), enfatizando con ello la importancia de

[...] romper con la identidad de “beneficiario”, y pasar a la de ciudadanos, sujetos de derechos, sujeto histórico, sujeto constructor de lo colectivo, sujeto a la libertad, sujeto a la dignidad. Para que ello sea posible, es necesaria una intervención fundada en favorecer a la ciudadanía, reconocer a los sujetos sociales como sujetos de derechos y obligaciones. Por lo tanto, es significativo cimentar una ciudadanía participativa, comprometida, generadora de espacios colectivos, donde se puedan expresar las coincidencias y las diferencias. Así, la profesión tiene la posibilidad de favorecer los espacios donde los sujetos puedan pensar y pensarse como sujetos de derechos y obligaciones y puedan ejercerlos a través de sus reclamos legítimos (Custo, en Aquín, 2003: 104).

El sujeto, en tanto titular de derecho, se sitúa en el terreno de exigibilidad y reivindicación. En cuanto al profesional de la intervención desde un “horizonte emancipatorio” (Valle Cazzaniga, 2007: 144), se asume como gestor de sujetos políticos, autónomos y deliberativos, promoviendo vínculos directos entre la intervención profesional desde el trabajo social, con la gestión de lo público y los procesos de democratización en perspectiva incluyente y participativa, es decir, con la lectura y comprensión crítica e histórica de la cultura política de los territorios y poblaciones, donde cobra sentido el ejercicio profesional e investigativo, permeada e incluso determinada por las prácticas, vivencias, expresiones y demás configuraciones formales o no de ser ciudadano.

Desde esta perspectiva, la ciudadanía se convierte en referente central para orientar los procesos de intervención en contextos microsociales, adscritos a realidades complejas, que se proyecten hacia la consolidación de sociedades democráticas y justas, institucionalmente reconocidas o no, pluralistas, participativas e incluyentes; es así como “la práctica de la defensa y la lucha por la vigencia de los derechos humanos, por todos ellos y particularmente en este momento histórico, por los derechos económicos, sociales y culturales, es uno de los vectores más importantes de la práctica profesional liberadora del Trabajo Social” (Fóscolo, 2006: 202).

En consecuencia, la intervención velará por el reconocimiento del sujeto excluido, invisibilizado y precarizado, privado del ejercicio pleno de sus derechos y de una vida digna. Ello supone considerar dos escenarios de acción para la intervención:

[...] por un lado, el conjunto de instituciones que definen y defienden los derechos individuales, políticos y sociales de los ciudadanos y que propician su libre asociación, la posibilidad de defenderse de la acción estratégica del poder y del mercado, y la viabilidad de la intervención ciudadana en la operación misma del sistema [...] por otra parte, estaría el conjunto de movimientos sociales que continuamente plantean nuevos principios y valores, nuevas demandas sociales, así como vigilan la aplicación efectiva de los derechos ya otorgados (Olvera, 2001: 21).

En esa dirección, el punto de encuentro entre la intervención del profesional y el sujeto participante en ella se concretiza en las acciones que posibilitan el ejercicio pleno de los derechos, la exigibilidad y conquista de los mismos; en último término, en su reivindicación ante actores institucionales de carácter social, económico o político en el ámbito local o nacional. El profesional debe favorecer, mediante su intervención fundamentada y crítica, el empoderamiento de los sujetos, construyendo conjuntamente argumentos y recursos para la interpelación, la toma de decisiones e incidencia, “apostando a la potenciación de la autonomía del otro” (Salazar, citado en Valle Cazzaniga, 2006: 274). Esto es, en esencia, potenciar un sujeto individual y colectivo, facultado para ejercer presión en las lógicas discursivas y de actuación de la sociedad política y económica, convirtiéndose en un medio “que genera procesos discursivos que informan, tematizan y potencialmente alteran las normas sociales y las culturas políticas [...] dirigida a cambiar el universo del discurso político para que genere espacios para nuevas interpretaciones de necesidades, para nuevas identidades y para nuevas normas” (Cohen y Arato, 2002: 567-588).

Este sujeto individual o colectivo, inserto en un grupo, comunidad u organización, deberá ser concebido en la intervención con un potencial instituyente (Torres, 2013: 213), siendo portador de autonomía y del sentido de un “ser-con nosotros”, cobrando vida en lo comunitario y organizativo como opción y espacio que “reivindica el potencial impugnador, instituyente y emancipador [...] como pluralidad, solidaridad, compromiso y corresponsabilidad entre sujetos” (200), donde tiene lugar y asidero la

[...] acción política, social, cultural y educativa que promueve vínculos, subjetividades y valores comunitarios; proceso de creación y fortalecimiento permanente del tejido social y de potenciación de la capacidad de agencia de sujetos personales y colectivos sociales unidos entre sí en torno a diferentes factores y circunstancias (territoriales, culturales, generacionales, emocionales, creencias y visiones de futura compartidas) (Torres, 2013: 220).

Se invoca, en último término, el valor potencial del sujeto (Zemelman, 2002, 2005 y 2012), en tanto grupo, comunidad y movimiento que se posiciona dentro o fuera de la lógica institucional, reconociendo y potenciando su capacidad para interpelar, crear, consensuar y confrontar el poder instituido, permitiendo posicionar su dimensión histórica y el poder de transformación social y política de la realidad que le es inmanente. Esto es, aportar a la conformación de sujetos insertos a “comunidades en acción” (Fernández y López, 2008: 20) a través de la consolidación de vínculos adscritos a pretensiones comunes, cimentados en lecturas ampliadas y críticas de la realidad y de la situación concreta, la definición de acciones y procesos de participación, movilización e incidencia, y el fortalecimiento social y político, ubicando como horizonte de sentido a corto y mediano plazo el cambio de la situación, y a largo plazo, la transformación social de la realidad (Freire).

En términos metodológicos, la intervención en Trabajo Social articula referentes epistemológicos, teóricos, técnicos, éticos y políticos (Cifuentes, 2009) que favorecen la lectura, problematización y el abordaje del objeto inserto en una realidad situada, permitiendo definir el método o la estrategia más pertinente a partir de la definición de momentos, técnicas e instrumentos, circunscritos a las especificidades del objeto, los sujetos y el contexto. En consecuencia, la metodología es precisamente el proceso que posibilita la conjunción entre el pensar, el hacer (Vélez, 2003) y el cambio, siendo vinculante de los saberes en acción y para la acción y la reflexividad crítica (Mosquera, 2005) que, superando cualquier apriorismo metodológico (Borgianni y Montaña, 2000), demanda una resignificación permanente.

Desde esta propuesta, se invoca otro escenario de encuentro entre el profesional y el sujeto, caracterizado por fomentar relaciones horizontales, el develamiento, la valoración y la circulación de los saberes múltiples de quienes participan en el proceso y la coconstrucción de conocimientos y prácticas, favoreciendo con ello la potenciación y construcción, desde la acción profesional, de subjetividades en potencia. Lo anterior invita a recuperar narrativas, discursos y prácticas vinculantes de reflexión, diálogo e incidencia, acordes a perspectivas sociocríticas que sitúen en la investigación el potencial revelador de desigualdades e injusticias, generador, además, de saberes intencionados para la acción (investigaciones diagnósticas, investigación acción participación —IAP—, sistematizaciones, investigaciones evaluativas).

Con respecto a la acción concreta en microcontextos, darle prelación a metodologías dialogantes, interactivas y participativas que posibiliten el

empoderamiento y la incidencia de sujetos insertos en grupos, comunidades, movimientos, organizaciones sociales o instituciones diversas. Se alude a fortalecer el rol educador del trabajador social y el posicionamiento de referentes pedagógicos (pedagogía social crítica, educación popular y la animación socio-cultural) como posibilidades para fortalecer el potencial emancipador de la práctica profesional.

3. Resignificaciones contemporáneas

Las realidades nacionales y latinoamericanas en la contemporaneidad confirman la existencia de objetos de intervención asociados con las expresiones de la cuestión social, pero también sitúan otros campos de debate adscritos a la vulneración permanente de derechos de grupos poblacionales diversos: indígenas, población afro, lgtb, campesinos, víctimas del conflicto armado, mujeres, pobladores, entre otros, insertos en lógicas de sometimiento asociados al capitalismo, el patriarcado y el colonialismo. Lo anterior demanda al Trabajo Social reconocer debates teóricos, metodológicos, axiológicos, éticos y políticos múltiples, instalando un ejercicio riguroso y fundamentado de interpretación de ese campo de conflictividad social, vinculando a su vez, la generación de propuestas alternativas. En consecuencia, se deberá tener apertura para el reconocimiento de otras apuestas teóricas de niveles intermedios y sustanciales que vienen posicionando otros discursos en relación con el reconocimiento de la diversidad, la interculturalidad, el territorio, la perspectiva de género, los movimientos sociales y la resistencia, entre otros campos problemáticos presentes en la contemporaneidad.

Lo enunciado demanda resignificar el trabajo social como profesión y disciplina, posicionando, como se ha venido enunciando, la intervención como eje estructurante, superando la mirada instrumental y operativa del término, para incorporar el potencial articulador del pensar, la acción y la transformación. Dicha propuesta demanda la conjugación de todas las dimensiones de la intervención: teórica, ontológica, contextual, metodológica, ética y política en el entramado relacional ya referenciado.

Finalmente, situar al sujeto individual y colectivo en sus múltiples expresiones demandará reconocer su portencial crítico, movilizador y emancipador en la lectura y abordaje de las conflictividades sociales que los condicionan. Introducir el debate de los derechos como objeto y como enfoque, trascendiendo la lectura liberal para situar debates democráticos y emancipadores, permitirá

posicionar la defensa de lo público, la generación del bien común y las condiciones de vida digna como objetivos transversales del ejercicio profesional.

Referencias

- Aguayo Cuevas, Cecilia. (2006). *Las profesiones modernas, dilemas del conocimiento y del poder*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Tecnológica Metropolitana.
- Ander-Egg, Ezequiel. (1994). *Historia del trabajo social*. Buenos Aires: Lumen.
- Aquín, Nora. (1996). La relación sujeto-objeto en Trabajo Social: una resignificación posible. En: *La Especificidad del Trabajo Social y la formación profesional* (pp. 67-82). Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Aquín, Nora. (2003). *Ensayos sobre ciudadanía. Reflexiones desde el Trabajo Social*. Buenos Aires: Espacio editorial.
- Aquín, Nora (2008). *Trabajo Social, estado y sociedad: el Trabajo Social y las prácticas societarias*, tomo I. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Borgianni, Elisabete y Carlos Montaña (orgs.). (2000). *Metodología y servicio social. Hoy en debate*. Sao Paulo: Cortez Editora.
- Carballeda, Alfredo J. (2004). *La intervención en lo social, exclusión e integración en los nuevos escenarios sociales*. Buenos Aires: Paidós.
- Cifuentes, Rosa María. (2003). Conceptos para leer la intervención en Trabajo Social, aporte a la construcción de identidad. Ponencia presentada en el XI Congreso Colombiano de Trabajo Social. Manizales, 19 al 22 de agosto.
- Cifuentes Rosa María y Camelo, Aracely. (2006). Aportes para la fundamentación de la intervención profesional en Trabajo Social. *Revista Tendencias y Retos* (11): 169-187. Bogotá: Universidad de la Salle, octubre.
- Cifuentes, Rosa María. (2009). Consolidación disciplinar del Trabajo Social en las ciencias sociales. Desafío y horizonte en la formación profesional en Colombia. En: *Revista Eleuthera*. Vol. 3, Enero – diciembre, 2009. Universidad de Caldas.
- Cohen, Jean L. y Arato, Andrew. (2002). *Sociedad civil y teoría política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Escalada, Mercedes *et al.* (2001). *El diagnóstico social. Proceso de conocimiento e intervención profesional*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Fernández García, Tomás y Antonio López Peláez. (2008). *Trabajo Social comunitario: afrontando juntos los desafíos del siglo XXI*. Madrid: Alianza Editorial.
- Fernández García, Tomás y Alemán Bracho, Carmen. (coords.) (2009). *Introducción al Trabajo Social*. Madrid: Alianza Editorial.
- Feyerabend, Paul. (1975). *Tratado contra el método*. Madrid: Tecnos.
- Feyerabend, Paul. (2001). *La conquista de la abundancia. La abstracción frente a la riqueza del ser*. Barcelona: Paidós.
- Fóscolo, Norma (coord.). (2006). *Desafíos del Trabajo Social latinoamericano. Paradigmas, necesidades, valores y derechos*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Foucault, Michel (1979). *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones La Piqueta.

- Foucault, Michel (2010). *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI.
- Healy, Karen (2001). *Trabajo Social, perspectivas contemporáneas*. Madrid: Ediciones Morata.
- Iamamoto, Marilda Villela (2003). *El servicio social en la contemporaneidad, trabajo y formación profesional*. Sao Paulo: Cortez Editora.
- Kisnerman, Natalio. (2005). *Pensar el Trabajo Social, una introducción desde el construccionismo*. Buenos Aires: Lumen.
- Lander, Edgardo *et al.* (2003). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Buenos Aires: Clacso.
- Lima, Boris. (1976). *Epistemología del trabajo social*. Buenos Aires: Hvhumanitas.
- Lorente Molina, Belén. (2002). Trabajo social y las ciencias sociales. Poder, funcionalidad y subalternidad de saberes. *Trabajo Social* (4): 41-59. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Matus Sepúlveda, Teresa. (2002). *Propuestas contemporáneas en Trabajo Social. Hacia una intervención polifónica*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Melano, Cristina. (2001). *Un Trabajo Social para los nuevos tiempos*. Buenos Aires, Argentina: Lumen Hvmanitas.
- Miranda Aranda, Migue. (2010). *De la caridad a la ciencia. Trabajo Social: la construcción de una disciplina científica*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Molina, María Lorena y María Cristina Romero. (2001). *Modelos de intervención asistencial, socio-educativo y terapéutico en Trabajo Social*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Montaño, Carlos. (2000). *La naturaleza del servicio social. Un ensayo sobre su génesis, su especificidad y su reproducción*. Sao Paulo: Cortez Editora.
- Montaño, Carlos y Borgianni, Elisabete. (*Orgas.*) (2000). *Metodología y servicio social. Hoy en debate*. Sao Paulo: Cortez editora.
- Morán Carrillo, José María (2003). *Epistemología, ciencia y paradigma en trabajo social*. Sevilla: Aconcagua Libros.
- Mosquera, Claudia. (2005). Pluralismos epistemológicos: hacia la valoración teórica de los saberes de acción. *Palimpsestus* (5): 262-276. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Muñoz Franco, Nora y Paula Vargas López. (2013). A propósito de las tendencias epistemológica de Trabajo Social en el contexto latinoamericano. *Katálisis* 16(1): 122-130. Universidades Federale de Santa Catarina. Santa Catarina.
- Muñoz Franco, Nora y Paula Vargas López. (2015-2016). El carácter dialógico de la intervención y la investigación en Trabajo Social. *Revista de Trabajo Social* (22-23): 47-65. Departamento de Trabajo Social, Universidad de Antioquia. Medellín.
- Netto, José Paulo. (1992). *Capitalismo monopolista y servicio social*. Sao Paulo, Brasil: Cortéz Editora.
- Olvera, Alberto J. (coord.). (2001). *La sociedad civil. De la teoría a la realidad*. México: El Colegio de México, Centro de Estudio Sociológicos.
- Restrepo Giraldo, Francisco Javier. (2002). Epistemología del trabajo social. *Trabajo Social* (4): 23-30. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Quezada Benegas, Margarita, et al. (2001). *Perspectivas metodológicas en Trabajo Social*. Buenos Aires, Argentina: Espacio editorial.

- Richmond, Mary. (2001). *Caso social individual*. Buenos Aires: Lumen Hvmanitas.
- Robertis, Cristina de, y Henri Pascal. (2007). *La intervención colectiva en Trabajo Social, la acción con grupos y comunidades*. Buenos Aires: Lumen Hvmanitas.
- Rozas Pagaza, Margarita. (2001). *La intervención profesional en relación con la cuestión social*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Santos, Boaventura De Sousa. (1998). De la mano de Alicia: lo social y lo político en la posmodernidad. Santafé de Bogotá: Siglo del Hombre Editores. Facultad de Derecho Universidad de los Andes, Ediciones Uniandes.
- Santos, Boaventura De Sousa. (2009). *Una epistemología del sur*. México: Siglo XXI.
- Torres Carrillo, Alfonso. (2013). Retorno a la comunidad: problemas, debates y desafíos para vivir juntos. Bogotá D.C.: CINDE, El Búho.
- Travi, Bibiana. (2006). *La dimensión técnico-instrumental en Trabajo Social*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Travi, Bibiana. (2007). El proceso de profesionalización del Trabajo Social y la dimensión ético-política. Viejas conceptualizaciones, nuevas miradas. En: Margarita Rozas Pagaza (ed.), *La profesionalización en trabajo social. Rupturas y continuidades, de la reconceptualización a la construcción de proyectos éticos-políticos* pp. 55-64). Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Valle Cazzaniga, Susana del. (2006). *Intervención profesional. Legitimidades en debate*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Vásquez Aguado, Octavio. (1998). Pensar la epistemología del trabajo social. *Alternativas. Cuadernos de Trabajo Social* (6): 269-286, octubre.
- Vélez Restrepo, Olga Lucía. (2003). *Reconfigurando el Trabajo Social. Perspectivas y tendencias contemporáneas*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Wallerstein, Inmanuel (coord.). (2003). *Abrir las ciencias sociales*. Madrid: Siglo XXI.
- Zemelman, Hugo, (2002). Necesidad de Conciencia, Un modo de construir conocimiento. Barcelona: Anthropos.
- Zemelman, H. (2005). *Voluntad de conocer. El sujeto y su pensamiento en el paradigma crítico*. México: Anthropos.
- Zemelman, H. (2012). Pensar y poder. Razonar y gramática del pensar histórico. México: Siglo XXI editores.